

El sitio de Cuautla

**Por Raúl González Lezama
INEHRM**

Se conoce como Sitio de Cuautla al episodio ocurrido dentro de la campaña militar de José María Morelos, cuando el ejército bajo su mando fue sitiado en la población de Cuautla de Amilpas por las tropas realistas comandadas por Félix María Calleja. Los insurgentes resistieron 72 días el cerco hasta que en la madrugada del 2 de mayo lograron escapar del lugar con muy pocas pérdidas.

Antes de iniciar las hostilidades, Calleja estaba convencido de que las huestes de Morelos, mal preparadas militarmente y peor armadas, no podrían resistir un ataque en forma de batallones bien disciplinados. Consideraba, asimismo, que las construcciones que componían la población, la mayoría de adobe con techo de zacate, no representaban obstáculo para su avance, ni mayor protección para sus defensores. Por lo tanto, no creyó necesario sitiar Cuautla. Se decidió entonces por un fuerte y contundente ataque que se verificaría el 19 de febrero.

El ejército de Calleja estaba compuesto por batallones novohispanos y españoles: los de Asturias y Lovera, recién llegados de la Península; los de la Corona, Guanajuato, Patriotas de San Luis y columna de Granaderos, y los escuadrones de lanceros de México, San Carlos, Zamora, España, Tulancingo, Armijo y Morán, sumando un total de 7000 hombres.

Buena parte de los defensores de Cuautla eran negros y mulatos provenientes de la costa de Nueva España. Disponían de machetes, fusiles y de 16 cañones de varios calibres, entre ellos, una culebrina, pequeño cañón apodado “El Niño”, propiedad de los Galeana y que había sido empleado en su hacienda para hacer salvas los días de fiesta religiosa.

Morelos encomendó el punto más expuesto, el de la Plaza y el Convento de San Diego, a Hermenegildo Galeana, mientras que Leonardo Bravo se hacía cargo de Santo Domingo. El sur de la ciudad era cuidado por Mariano Matamoros y Víctor Bravo en la Hacienda de Buenavista.

Un primer golpe sobre San Diego fue rechazado con energía, pero una columna compuesta por los batallones de Guanajuato y el de Patriotas de San Luis, derribando los muros de las casas, logró avanzar y casi conquistar la Plaza. La voz de alarma cundió entre los defensores que, llenos de pánico, abandonaron sus puestos. En ese momento, ocurrió algo que retrasó el avance de los realistas, tiempo que aprovechó Hermenegildo Galeana para reorganizar a sus hombres y recuperar las posiciones perdidas.

El resultado de este primer combate sorprendió a Calleja, quien como dijimos, no creía capaces a los rebeldes de oponer resistencia. El número de heridos y prisioneros, así como la muerte de los coroneles realistas conde de Casa Rul y Juan Nepomuceno Oviedo, oficiales criollos muy queridos por sus hombres, determinó al general español a poner sitio a Cuautla en lugar de intentar tomarla a viva fuerza.

Por su parte, los insurgentes se preguntaban ¿qué fue lo que detuvo el ataque de los hombres de Calleja? Comenzó pronto a correr una explicación. Un niño de unos doce años, llamado Narciso Mendoza, había permanecido en su puesto y, teniendo sobre sí a los dragones realistas, prendió fuego a un solitario cañón que habían abandonado sus compañeros.

La primera mención que tenemos de este episodio se la debemos a Carlos María de Bustamante, quien la plasmó en su *Cuadro Histórico*; más adelante, Felipe Benicio Montero, un antiguo combatiente insurgente, quien militó en las filas de Morelos y que años más tarde escribió un manuscrito que fue publicado con el título de *Historia del Sitio de Cuautla*. El relato fue recogido por Luis González Obregón, Demetrio Mejía y otros autores, y embellecido por Guillermo Prieto en *El Romancero Nacional*. Cada una de estas narraciones, tanto las históricas como las literarias, difieren en detalles que, si bien no se apartan demasiado del hecho substancial, contribuyen a crear una atmósfera de mito y leyenda en torno al suceso.

No contando con mayor información deberíamos inclinarnos a la prudencia y considerar que el niño artillero tal vez no existió físicamente, en cambio, la figura construida representa a los cientos de niños que, sabemos, militaron en las fuerzas insurgentes. Esa actitud tomaron autores contemporáneos a los hechos, entre los que destacan Lucas Alamán y Lorenzo de Zavala, quienes no hacen mención del Niño Artillero; tampoco

fue considerado en las obras posteriores por Niceto de Zamacois, ni Julio Zárate en el volumen que le correspondió escribir en *México a través de los siglos*.

La autenticidad del hecho histórico y la existencia del personaje podrían haberse mantenido por siempre como un misterio. No obstante, en 1976, Jorge Gurría Lacroix hizo público un documento resguardado en el Archivo General de la Nación, en el cual, un veterano de la Guerra de Independencia escribe en 1864 a Juan Nepomuceno Almonte, entonces ministro de la Casa Imperial y Gran Chambelán de Maximiliano. El antiguo soldado dijo llamarse Narciso Mendoza y afirmaba haber servido bajo las órdenes del propio Almonte, cuando éste comandaba en 1812 un grupo de niños que se hacían llamar “Los Emulantes”, nombre que adoptaron para significar que deseaban emular las acciones de Morelos y sus generales.

Para que su antiguo comandante pudiera identificarlo, le recordó:

...yo fui quien disparó el cañonazo que valió en gran parte para salir del apuro en que nos encontrábamos, habiendo yo sido herido en este mismo lugar por un dragón enemigo en el brazo izquierdo; y de allí resultó que por tan gloriosa herida se colocara una inscripción que decía "Calle de San Diego y valor de Narciso Mendoza", por cuya acción fui hecho comandante del *cañoncito* llamado "El Niño" con la dotación de los Costeñitos que también estaba bajo las inmediatas órdenes de vuestra excelencia. Este encargo desempeñé hasta que rompimos el sitio entre diez y once de la noche a la derecha del Calvario...

Según su dicho, Narciso continuó sirviendo como soldado en la insurgencia, acompañando a Morelos hasta que éste fue hecho prisionero en la acción de Temalaca, y permaneció a las órdenes de Vicente Guerrero hasta la consumación de la Independencia, recibiendo como reconocimiento a sus servicios el grado de coronel de artillería. Se ganó entonces la vida en Yucatán y Tabasco con el producto que de niño lo había fascinado, la pólvora, pero ahora convertida en fuegos de artificio. No abandonó del todo la carrera militar, tomando las armas de cuando en cuando, pero en defensa de la causa conservadora, pues nunca consideró servir al “sistema vandálico de los que llaman liberales”, por lo tanto, al momento de escribir Almonte, el antiguo soldado de Morelos había reconocido al Imperio de Maximiliano.

“El Niño Artillero” fue un personaje real, sin embargo, son cientos los héroes de la independencia cuya existencia todavía ignoramos.